



12 de agosto de 1888

### **La adorable paciencia de Jesús en la infancia, su vida pública y su pasión.**

Mis queridas hermanas,

Recordaréis que cuando el Papa Urbano II, el Papa de las Cruzadas, vino a Francia, le pidieron en un gran monasterio de la Orden de San Benito que hablara sobre lo que consideraba más necesario en la vida espiritual, y predicó a estos religiosos sobre la paciencia. Si esto es lo más necesario para los religiosos, también lo es para las religiosas, porque no hay mucha diferencia entre ambos estados. No sé lo que dijo el Papa, pero me gustaría hablaros también de la paciencia.

La última vez os recomendé que tuvierais siempre ante los ojos a Nuestro Señor Jesucristo. Él es, hermanas, el modelo más admirable, más maravilloso, más perfecto de paciencia. Tomadlo en su nacimiento y ved cómo el Verbo encarnado, plenitud de la Sabiduría del Padre, cerró los labios durante todo el tiempo que un niño ordinario permanece sin hablar al venir a la tierra. Él no dijo ni una palabra, ni expresó una sola de las luces ni de los puntos de vista ni de los movimientos de la sabiduría divina de los que su alma estaba llena. Permaneció en silencio. Debemos imitar a nuestro Señor en esto, y es un gran acto de paciencia. Él está ahí sobre paja, envuelto en pañales; no tiene libertad de movimiento; se deja llevar de un sitio a otro; está en el estado de humillación, debilidad y bajeza propios de la infancia humana. Luego crece, pero para sufrir las contradicciones y persecuciones de los malvados y aceptarlas. Podía haberlas evitado, porque podía haberlo hecho todo; podía haber derribado a Herodes en su trono e impedir la matanza de los Inocentes, pero no lo hizo. Y no es sólo él quien es perseguido, sino que su santa Madre y san José son perseguidos con él; huyen ante sus perseguidores, se van a esa tierra de Egipto donde había todo tipo de supersticiones, y se quedan allí hasta que, enterados de la muerte de Herodes, pueden volver a la tierra de Judea. Nuestro Señor sufre ya las consecuencias de la voluntad de los poderosos y de los malvados, y sufre con admirable paciencia.

Después, ahí estaba, en el taller de un pobre obrero de Nazaret, hablando muy poco, pero rezando mucho. Se quedó allí hasta los treinta años, ¿y qué hizo? ¿Para qué había venido? Había venido a instaurar el culto al Dios verdadero. *He venido -nos dice- a hacer la voluntad de mi Padre, pero he venido (también) para que tenga adoradores en espíritu y en verdad.* Estas son las palabras que dirigió a la samaritana. Vino a dar testimonio de la verdad, pero al principio este testimonio fue mudo. Se quedó allí, trabajando, obedeciendo, rezando y luego guardó silencio durante treinta años. Si las religiosas se propusieran imitar alguna vez la vida de Nazaret, obedeciendo siempre, rezando y trabajando, tendrían una gran paz, porque la paz viene de esta disposición. ¡Mirad qué paz reinaba en Nazaret! Pero también qué vida de silencio, oración y trabajo, y qué perfección en la vida más oculta y más humilde a los ojos de los hombres.

Más tarde nuestro Señor salió de allí y fue entonces un prodigio de paciencia. Eligió a sus apóstoles. Hoy en día se ve a menudo pasar a los barqueros. No creo que los barqueros de Judea fueran mucho más inteligentes que ellos; eran hombres que vivían de sus redes a orillas del lago o de navegar por el lago; se dedicaban al trabajo muy humilde y muy rudimentario de la pesca. Nuestro Señor los acogió, los hizo sus apóstoles, vivió con ellos, cambió sus costumbres, instruyó sus mentes, los formó en la virtud, trabajó en ellos durante tres años, sin dejarlos nunca.

¿Y si hubieran sido sólo los apóstoles? Pero también estaban las multitudes que le apretaban, le agobiaban. Recordaréis que un día el Señor, rodeado por la multitud, dijo a sus apóstoles: Alguien me ha tocado, ha salido de mí una virtud, y los apóstoles replicaron: Pero, Señor, la multitud te aprieta y tú dices: ¡Alguien me ha tocado! Era el toque de la fe, el toque de la oración que había llegado a su corazón, y la pobre hemorroísa se arrojó a sus pies, curada de la enfermedad que padecía desde hacía doce años.

En cada página del Evangelio, vemos a Jesús en medio de la multitud, incluso descubriendo los tejados de las casas para presentarle enfermos a los que curar; le seguimos en el desierto, donde le vemos alimentar a tres mil hombres con cinco panes y dos peces. Sólo por la noche podía estar solo para rezar. Pero ¡qué paciencia necesitó con aquellos judíos, aquellos escribas, aquellos fariseos, siempre ocupados en tentarle con preguntas capciosas y en encontrarle defectos!

Pero si llegamos a su Pasión, ¡qué maravilla de paciencia! Jesús guardó silencio. A través de todos los insultos, todos los malos tratos, toda la ignominia, todas las falsas acusaciones, permaneció en silencio. El mismo Pilato se asombraba: "¿No dices nada? ¡Mira de lo que te acusan! Pero él guardó silencio.

He hablado de esta etapa de la vida de Jesucristo, hermanas, pero si llegamos a su Pasión, ¡qué maravilla de paciencia! Jesús guardó silencio. Ante todos los insultos, los abusos, la ignominia y las falsas acusaciones, permaneció en silencio. El mismo Pilato se asombraba: "¿No dices nada? ¡Mira de lo que te acusan! Pero él guardó silencio.

Este silencio enfureció a Pilato. Cuando tenemos ejemplos así, cuando los meditamos habitualmente, cuando tenemos al Señor ante los ojos, entonces la paciencia se hace fácil.

Os hablé de la paciencia del silencio, de la dependencia, en la infancia; luego la paciencia en el trabajo, en los empleos, en el trato con personas rudas, difíciles, molestas. Así eran a veces los apóstoles para nuestro Señor. "*No sabéis de qué espíritu sois*", les dijo Jesús cuando le pidieron que hiciera caer fuego del cielo. Todos ellos le abandonaron en la Pasión y sólo se transfiguraron de verdad tras la Resurrección y la bajada del Espíritu Santo; pero durante toda su vida, el Señor tuvo que soportarlos así.

No nos encontramos a menudo en medio de multitudes, pero en las peregrinaciones, por ejemplo, tenemos que pensar realmente en nuestro Señor para soportar a esas multitudes inoportunas y molestas, por muy piadosas que sean.